

Vi por primera vez al compositor en abril de 1802, hacia mediados o finales de mes. Aunque me he esforzado mucho intentando recordar la fecha exacta, me resulta imposible precisarla más. Sí estoy segura, en cambio, de que la mañana era cálida y soleada, y que las abejas se mostraban muy activas, revoloteando entre las pequeñas flores que se habían abierto esa misma semana. Como era habitual, me había acercado a las colmenas para ver si todo estaba en orden. Cuando ya había terminado con mi tarea y me disponía a regresar a casa fue cuando lo descubrí debajo del árbol.

Nosotros, los que vivimos en pueblecitos cercanos a Viena, estamos acostumbrados a ver forasteros deambulando por los alrededores, sobre todo durante los meses de primavera y verano, época del año en que muchos vienen a disfrutar de la vida campestre. Descubrir, sin embargo, a un desconocido tirado en el suelo puede sobrecoger al más valiente, y con más razón a una simple muchacha como yo. Aquella visión de un hombre de la ciudad caído bajo un árbol me asustó sobremanera, porque lo primero que se me vino a la cabeza no fue que estuviera dormido, sino algo mucho peor.

Esta errónea suposición duró solo unos instantes, pues en seguida me di cuenta de que el sufrido forastero que había tomado el tronco del árbol como almohada debía contarse entre los vivos. De hecho, roncaba de la manera más desagradable. Por una asociación de ideas un tanto peregrina sus ronquidos me recordaron a mi padre —¡tan suspicaz siempre con los extraños!—, y como el lugar donde se había instalado estaba dentro de la propiedad del señor Steiner, me sentí en la obligación moral de acercarme a echar un vistazo más detenido.

Lo que peor impresión me hizo no fue el desarreglo de su ropa, ni su rostro escasamente aseado y sin afeitado, ni sus cabellos en completo desorden, sino los restos de comida esparcidos a su alrededor, y de manera especial una botella de vino abierta, que aun en mitad de su sueño mantenía firmemente cogida por el cuello. Una libreta cerrada y un lápiz que reposaban en el suelo, testimonios de una posible actividad de índole superior, no bastaron para atenuar mi disgusto. Algunas de mis abejas, menos escrupulosas que yo, se habían acercado ya a comer de las sobras, y otras, más atrevidas, se paseaban incluso por encima de su cuerpo, llenas de curiosidad. Temiendo que le llegaran a picar, intenté espantarlas agitando mi sombrero, pero lo hice con tan poca maña que se las eché a la cara. El desconocido se levantó de un salto, manoteando con furia. Este despertar repentino me atemorizó mucho, pues debo reconocer que lo había juzgado perdidamente borracho.

—¿Quién es usted? ¿Por qué me estaba observando? —me gritó, mirándome con desconfianza.

—Perdóneme —le respondí—, temí que se asustase al despertar y le picasen las abejas. Solo intentaba espantarlas.

—Tú eres la única que me ha asustado, muchacha —me recriminó, con malísimas maneras, mientras ahuyentaba a las últimas abejas, se sacudía el polvo y procuraba poner un poco de orden en el desaliño de su traje.

—Lo siento... —balbuceé, acobardada por sus groseros reproches.

Era un hombre de unos treinta años, no demasiado alto y con el rostro exageradamente oscuro, como si hubiera pasado una gran parte de su vida a la intemperie. Los rasgos de su cara me parecieron muy duros, como esculpidos en madera. Su manera de expresarse era tan orgullosa y autoritaria que apenas me atrevía a levantar los ojos del suelo mientras me hablaba.

—¿Por qué hay tantas abejas aquí? —me interrogó con brusquedad.

—Detrás de ese seto están las colmenas de mi padre.

—¡Vaya, no me diga que me he vuelto a meter en una propiedad privada! Estoy harto de setos y muros —se quejó—. Ya no es posible pasear tranquila y libremente por el campo.

—Por mí no se preocupe: el terreno no es nuestro, solo las abejas. El propietario nos lo ha cedido en alquiler.

—Ya comprendo. Desde luego no tiene usted aspecto de propietaria —me dijo, mirándome de arriba a abajo con desdén.

Dicho esto se puso a recoger sus cosas. No me atreví a preguntarle si había sufrido alguna picadura, pero estaba casi segura de que no. Ni siquiera parecía haberse asustado de que las abejas le andaran por la cara. Sin prestarme ya la menor atención, se guardó la libreta y el lápiz en el bolsillo, recogió y taponó la botella, se encasquetó el sombrero y se alejó despidiéndome con un malhumorado gesto de cabeza.

Cuando desapareció de mi vista, me pareció como si despertara de una horrible pesadilla. ¡Qué situación tan violenta! Aún conmocionada por el trato tan desconsiderado que acababa de sufrir, me dispuse a recoger la basura que había quedado tirada por el suelo. Un trozo de papel sucio y arrugado, que quizás hubiera envuelto su comida, atrajo mi atención. Lo desdoblé con cuidado de no mancharme y lo estudié con detenimiento. Alguien había marcado con lápiz rojo algunos anuncios publicitarios, pero no se podían leer bien. Como la hoja pertenecía a un periódico de Viena con fecha de la semana anterior, deduje que el forastero no podía llevar muchos días en Heiligenstadt. Quizás se tratara de un escri-

tor o un poeta, pensé, pues los vagabundos no leían periódicos, ni llevaban encima lápices o libretas.

Una vez hecha la limpieza, me acerqué a las colmenas para inspeccionarlas de nuevo, y así concederle al visitante tiempo de sobra para alejarse, pues no me sentía con la suficiente presencia de ánimo como para volver a encontrármelo en el camino de regreso. Cuando la campana del pueblo señaló las doce, me dirigí a mi casa para preparar el almuerzo. A pesar de lo penoso de la experiencia, decidí no contarle nada a mi padre. Temía que se preocupara por mi seguridad y me prohibiera en adelante visitar las colmenas.

2

En ninguno de los días siguientes me topé con el forastero. Aunque mañana y tarde me acercaba a las colmenas, no volví a verlo merodeando por allí. Sin embargo, cada vez que pasaba junto al lugar donde lo descubriera durmiendo, no dejaba de evocar su inquietante figura. ¿Estaría de paso? ¿Se habría instalado en el pueblo para disfrutar del periodo estival? El hecho de no volver a encontrármelo parecía afianzar la primera de las suposiciones. También recordaba su enigmática libreta. ¡Cuánto me hubiera gustado echarle un vistazo! Un pintor desde luego que no podía ser: el tosco lápiz que había visto junto al cuaderno no serviría para dibujar. Además, los pintores solían llevar tubos de colores, pinceles y grandes carpetas. ¿No sería más bien un escritor?

En aquella época de mi vida la literatura me apasionaba por encima de cualquier otra cosa; aunque no precisamente porque en mi casa hubiera libros que pudieran interesarme. Aparte de textos de geología y matemáticas, solo teníamos lecturas devotas y la Biblia. Mi padre desconfiaba de todas las artes en general, y de un modo particular de la literatura, a la que consideraba el más pernicioso.